

IN MEMORIAM

Muchas mañanas, las de los jueves, pasé con el Dr. Leslie Holdridge, en su casa de San Isidro de Heredia. Sus ojos, que tan lejos en el universo pudieron penetrar, ya le fallaban en este mundo. Accedí gustoso a ayudarlo a ordenar algunas de sus últimas ideas y trabajos y a poner en el papel los avances de sus atrevidas y nada clásicas hipótesis sobre la formación y comportamiento del cosmos. Si bien esa era la agenda principal de las reuniones, tratábamos otros temas como el mecanismo de la fotosíntesis, la formación heliógica del petróleo, la ingravidez en el centro de la tierra (asunto que yo me atreví a proponer), su formidable hipótesis de la estructura helicoidal del haz de luz y la formación de los colores y otros tópicos más o menos alucinantes que la misma formación de petróleo en la superficie selénica. Fueron casi tres años de escucharle, de tratar de captar lo más substancioso de sus ideas, revisarlas, volvérselas a releer en voz alta, grabarlas; también fueron horas de discusión, y en no pocas oportunidades, de enfrentamiento cordial toda vez que yo me apegaría casi siempre y a veces con tenacidad a mis pocos conocimientos sobre mecánica cuántica, aferrado al principio de Heisenberg, o por ser devoto, como casi todos, a aceptar la inamovilidad de constantes como la velocidad de la luz en el vacío. Pero Don Les jugaba muy inteligentemente con todo, en busca de una razón simple y harmónica, como todo en la naturaleza, decía, originada en una causal estética.

Su mente estaba bien clara con sus hipótesis. Desafiando dogmas esperó la llegada de su momento, pensando y filosofando siempre a la altura de Premio Nobel y seguro de que la historia se repetiría una vez más, cuando un paradigma de hoy cae mañana, o pasado mañana, o dentro de mil años, que nada que crea el hombre como verdad es inmutable. Y es cierto, los mismos científicos de una época, en su madurez, pueden llegar a ser los acérrimos enemigos del cambio e incluso, cosa paradójica en el auténtico quehacer de la ciencia - que todo lo cuestiona, lo reta, lo supera - llegan a convertirse en verdaderos inquisidores de lo nuevo. Muchas de las ideas de Don Les iban a contrapelo de lo normalmente aceptado hoy, incluso se atrevió a desafiar al gran Albert Einstein. Precisamente, al Dr. Holdridge se le aplicaba al dedillo la célebre sentencia del matemático de Princeton: “La imaginación es más importante que el saber”.

Yo a veces me preguntaba ¿cómo es que un científico como Don Leslie, que ha desarrollado su método de clasificación de zonas de vida de manera tan

ingeniosa y con tanto éxito, apegándose a todo principio lógico, siguiendo las leyes naturales, al determinismo ecológico que le dan marco físico a los sistemas, en fin fiel al método científico, pueda de pronto darse esas libertades académicas? Bien decía Pascal: “somos mejor persuadidos por las razones que nosotros mismos descubrimos que por aquéllas dadas por otros a nosotros.”

¿Y el Holdridge humanista? Es que allí fue donde me encontré, y de seguro nos encontramos todos quienes fuimos sus discípulos, al hombre filósofo, al navegante intelectual preocupado por el destino del hombre, el que trata de penetrar en la razón por la que el ser humano se encuentre donde está, hurgando desde la realidad de nuestro ambiente diario hasta los confines más lejanos de las galaxias que se conocen. En ese campo se hallaba uno con un verdadero Maestro, preocupado por todo lo que a la humanidad atañe, por lo que esta hace o logra, o podría hacer y conseguir, convencido de que el desarrollo del hombre no es solo el de un complejo código genético condenado a cumplir sus fines, que no es únicamente la historia de sus batallas y conquistas, de sus goces, sufrimientos, muertes o triunfos, sino la lucha continua por superar sus orígenes salvajes y encontrar la razón de su superioridad sobre las demás especies, pero asumiendo a la vez su obligación de reconocer, al menos una pequeña parte de su infinita pequeñez ante la gran verdad del Universo.

Amigos y colegas. La huella del Dr. Holdridge ha sido contundente. Por ello le estaremos siempre profundamente agradecidos. Varias generaciones se han nutrido de su conocimiento y muchas más lo harán. Entre otros hechos destacables, al fundar el CCT con un puñado de brillantes amigos, estaba echando las bases de un grupo de pensamiento que ha desarrollado ideas, ciencia y tecnología ambiental y ha concretado actos importantes por la conservación de la Naturaleza y su biodiversidad, con repercusiones dentro y fuera del territorio nacional.

Hemos perdido a nuestro maestro fundador, a un leal amigo; el mundo ha perdido a un gran Señor.

Alfonso Mata

Nosara, Guanacaste, Junio de 1999.